

Nuestra fuerte consolación

Cuando comenzamos el estudio del libro de Hebreos, dijimos que abordaríamos los primeros cuatro o cinco capítulos. Con este número, cerramos el sexto capítulo, y como esto es incluso más de lo que habíamos contemplado o prometido hacer al principio, suspenderemos el estudio por unos meses para reanudarlo más tarde. Mientras tanto, se estudiarán otras porciones de la Biblia, no menos interesantes y provechosas que el libro de Hebreos; y como cada parte de la Biblia es una ayuda para el estudio de cada otra parte, obtendremos mayor provecho de Hebreos cuando continuemos con él.

Se recordará que la porción de la epístola que comprende la última parte del capítulo quinto y la primera mitad del sexto, es un llamamiento personal. Aquellos a quienes se dirige son acusados de ser tardos y lentos para comprender las profundas verdades del Evangelio, y son exhortados a *ir adelante a la perfección*; se les advierte del peligro de recibir la gracia de Dios en vano, pero al mismo tiempo son animados por el reconocimiento de que ya habían mostrado amor al Señor al *ministrar a los santos*. Luego la exhortación y el estímulo, que encontramos en nuestra presente

Lectura Bíblica

Y deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia hasta alcanzar la plena seguridad de la esperanza hasta el fin; para que no seáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por nadie mayor, juró por sí mismo, diciendo: Ciertamente te bendeciré con abundancia, y te multiplicaré en gran manera. Y así, habiendo esperado con paciencia, obtuvo la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos; y para ellos el juramento para confirmación es el fin de toda controversia. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, lo confirmó con un juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fuerte consuelo los que hemos huido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros; la cual tenemos como ancla del alma, segura y firme, y que penetra hasta dentro del velo; adonde Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. (Hebreos 6.11-20)

Algunos modismos peculiares

Las palabras: *Ciertamente te bendeciré con abundancia, y te multiplicaré en gran manera*, son una traducción literal de las palabras hebreas de la promesa en (Génesis 22.17). Pero todo aquel que ha estudiado un poco el lenguaje sabe que un modismo, es decir, una expresión característica en un idioma, no tiene buen sentido si se traduce palabra por palabra a otro idioma. Una traducción palabra por palabra no es una interpretación exacta. En el idioma

hebreo, la repetición de una oración, frase, palabra o incluso de una sola letra en una palabra, indica énfasis, positividad. Por ejemplo, en (Génesis 2.16) tenemos la declaración: *De todo árbol del huerto podrás comer libremente*, que es tan clara como puede ser; pero la traducción palabra por palabra de la expresión igualmente clara en hebreo, se da en el margen: *comiendo comerás*, lo que en español no significa nada. Así también en el siguiente versículo, donde leemos: *Ciertamente morirás*, tenemos en el margen: *muriendo morirás*. Esta última expresión, aunque sin sentido, es la traducción palabra por palabra de las palabras hebreas que transmiten la seguridad positiva: *Ciertamente te bendeciré, y ciertamente te multiplicaré*.

No perezosos, sino fieles y pacientes

No seáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. ¡Fe y paciencia! Confiar y soportar. Vemos que la fe significa actividad, ya que se contrasta con la pereza. La fe obra. La fe viene por el oír la Palabra de Dios, y la Palabra de Dios es viva y eficaz. El siervo malo y perezoso es el siervo que no tiene fe en el Maestro.

La promesa a Abraham

Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, la Escritura dice: *Y creyó él en Jehová, y le fue contado por justicia*. (Génesis 15.6). Así, la promesa es, por tanto, aquello por lo cual se obtiene la justicia.

Probablemente no hay otro tema en la Biblia, acerca del cual se haya tejido una red tan grande de disparates especulativos, como el de la promesa a Israel, que no es otra que la de Abraham. Toda esta confusión se evitaría si los hombres se atuvieran a las palabras llanas de la Biblia, dejándolas significar exactamente lo que dicen.

Nota esto:

Porque todas las promesas de Dios son en Él [Cristo] Sí, y en Él Amén, para gloria de Dios por medio de nosotros. (2 Corintios 1.20)

Dios no hace ninguna promesa, excepto en Cristo; la promesa a Abraham, como ya se vio, fue confirmada en Cristo (Gálatas 3.17); por lo tanto, ninguna promesa de Dios se cumple excepto para los cristianos. Dios cumple su pacto con todos y sus promesas son tales que quien las acepta se convierte así en cristiano. Cualquier charla sobre promesas a cumplirse a los judíos, a diferencia de los cristianos, proviene de la ignorancia o el rechazo del evangelio eterno, que es el mismo en toda época y para todas las personas.

Él obtuvo la promesa

En el capítulo undécimo de Hebreos se dice de Abraham y de toda su posteridad: *Todos estos murieron en la fe sin haber recibido las promesas* (versículo 13), y aún más tarde: *Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron la promesa*.

(Versículo 39). Sin embargo, en (Hebreos 6.15) se dice de Abraham: *Y así, después de haber esperado con paciencia, obtuvo la promesa. ¿Cómo es esto? —Se concilia fácilmente, cuando consideramos que, en Isaac te será llamada descendencia.* Isaac fue el hijo de la promesa, nacido del Espíritu. Su nacimiento fue vida de entre los muertos. Véase (Romanos 4.19). Así que, cuando Abraham fue probado, ofreció a Isaac; *y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, de quien se dijo: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios era poderoso para levantarlo aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.* (Hebreos 11.17-19). Cristo es la Descendencia, y Él solo podía venir a través de la línea de Isaac; sin embargo, tan firmemente la fe de Abraham se aferró a Cristo como *Aquel que es, y que era, y que ha de venir*, que tranquilamente procedió a ofrecer a Isaac, asegurado de que el Cristo que había de venir de él ya estaba vivo de entre los muertos, con poder para levantar a Isaac de entre los muertos para que la promesa de que Él nacería de su linaje se cumpliera. Verdaderamente Abraham tenía la promesa, así como quien con certeza conoce la promesa de Dios de que será *heredero del mundo*, ya ha probado *el poder del siglo venidero*.

Dos cosas inmutables

Cuáles son estas dos cosas inmutables, por las cuales tenemos *un fuerte consuelo*, se afirma claramente en el texto. Son la promesa y el juramento de Dios. La promesa de Dios es inmutable; *la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.* (1 Pedro 1.25). La Palabra no necesita nada añadido para fortalecerla. Recuerden esto los hombres, cuando presumen de sostener la Palabra de Dios con afirmaciones propias. Cualquier intento del hombre de fortalecer la Palabra de Dios no es sino un reproche a ella, un menosprecio de ella. El Señor no recibe el testimonio del hombre, y su causa nunca se fortalece con citas de hombres eminentes del mundo a favor de la Biblia. Abraham no necesitó nada más que la Palabra de Dios, pues, cabe señalar, el juramento no fue añadido por su bien, sino por el nuestro. Léase (Génesis 22.1-18) y (Santiago 2.21-24). Allí vemos que el juramento no se dio sino después de que la fe de Abraham en las promesas había sido mostrada como perfecta.

Se interpuso con un juramento

Así lo tenemos en el margen del (versículo 17). Dios juró por sí mismo. Ahora bien, cuando uno jura por cualquier objeto, ese objeto se presenta como una garantía. Si lo jurado no se cumple, el objeto se pierde. Dios se puso a sí mismo como garantía, o se interpuso entre aquellos a quienes se hizo la promesa y la posibilidad de fracaso. La promesa es tan segura como la vida de Dios. Si la promesa fallara en su cumplimiento, en un solo detalle, entonces Dios dejaría de existir. Así de segura es. Pero si Dios dejara de existir, entonces el universo sería aniquilado, porque Él es su sustento. Ahora bien, Dios ha creado todas las cosas en Jesucristo, y en Él todas las cosas subsisten (Efesios 3.9; Colosenses 1.16, 17), de modo que es literalmente cierto que en Cristo lo tenemos todo. (Romanos 8.32). Todas las promesas de Dios están en Cristo, de modo que el juramento de Dios está en Cristo; Cristo se presenta

como el ser y la presencia misma de Dios. Así es que la existencia y la estabilidad de todo el universo dependen del cumplimiento de la promesa de Dios para nosotros. ¿Y cuál es la promesa? —Justicia; el perdón de los pecados. *Por medio de este Hombre os es anunciada remisión de pecados.* (Hechos 13.38). El perdón de los pecados comprende la limpieza de toda iniquidad (1 Juan 1.9) y la redención completa. (Efesios 1.7). Que Dios hará esto, que Él es fiel a su promesa, y que ningún pecador puede acudir en vano a Él para pedir perdón y limpieza, tenemos la seguridad en cada brizna de hierba, en el sol, la luna y las estrellas, que aún siguen sus cursos. La nieve y los vapores y el viento tempestuoso cumplen Su palabra. (Salmos 148.8). *Porque dije: Para siempre será edificada misericordia; en los cielos mismos establecerás tu fidelidad.* (Salmos 89.2)

Por nuestra causa

La fe de Abraham le fue contada por justicia. *Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.* (Romanos 4.23-25). Así, el juramento fue jurado a Abraham, *para que tengamos un fuerte consuelo.* Tú y yo tenemos interés en ese juramento a Abraham, y por lo tanto en la promesa a él. Toda alma que viene a Dios viene a Él en virtud de aquello que Dios prometió a Abraham.

Los cristianos, hijos de Abraham

Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham. (Gálatas 3.7-9). El juramento de Dios a Abraham da fuerte consuelo a aquellos que huyen a Cristo en busca de refugio. En esto se basa el himno que comienza:

¡Cuán firme cimiento se ha dado a la fe,

De Dios por su eterna Palabra de amor!

¿Qué más Él pudiera en su Libro añadir,

Si todo a sus hijos ya ha dicho el Señor?

Pero son los pecadores quienes huyen a Cristo en busca de refugio, y son los pecadores quienes tienen un cimiento firme para su fe al huir a Él en busca de refugio. Fue para el beneficio de nosotros los pecadores que se dio el juramento, porque Dios no dejaría la sombra de una posibilidad de duda razonable en la mente de ningún pecador. Ciertamente el mismo consuelo permanece para aquellos que han sido hechos santos; *porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida.* (Romanos 5.10). Que toda alma venga al Señor con

esta seguridad de perdón y aceptación, de que Dios tiene más en juego que el hombre, así como la vida de Dios vale más que la de cualquier hombre. Así, si Dios se negara a escuchar mi oración, y no perdonara mis pecados, yo me perdería, pero Dios también se perdería, y su pérdida sería mayor que la mía. Si creemos a Dios y nos aferramos a su Palabra, nuestros casos son tan seguros como el suyo. Ciertamente este es un fuerte consuelo.

Cristo, el Precursor

Esta esperanza es como un ancla segura y firme, que entra en lo que está dentro del velo, es decir, en el lugar secreto de la morada de Dios, a donde Jesús el Precursor ha entrado por nosotros. Un precursor implica que otros le siguen. Ya hemos visto que Cristo está por siempre identificado con la humanidad como Hermano. Él es uno con nosotros. Él es el Hijo del hombre, *el Hombre Cristo Jesús*. Pues bien, ahora, hay un Hombre —el Hombre representativo— ya en la presencia de Dios en persona. Él ya está sentado *a la diestra de la Majestad en los cielos*, un Rey en el trono del Padre. Pero es uno de nosotros, que ha ido allí; Uno que fue hecho en todas las cosas semejante a sus hermanos. Él es ciertamente *el primogénito entre muchos hermanos* (Romanos 8.29), pero somos coherederos con Él. (Versículo 17). Por lo tanto, si creemos en Él, si nos hemos *revestido de Cristo* en el bautismo, y hemos llegado a ser simiente de Abraham, e hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús (Gálatas 3.26-29), tenemos el mismo derecho a entrar al cielo y sentarnos en el trono que Él tiene. Él simplemente ha ido delante de nosotros para mostrarnos el camino y para prepararnos un lugar. (Juan 14.1-3)

Un Sacerdote Rey

Hecho sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. ¿Quién fue Melquisedec? —Fue rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. (Hebreos 7.1). Así que Cristo es Rey y Sacerdote. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: He aquí el Varón cuyo nombre es el RENUEVO; el cual brotará de su lugar, y edificará el templo de Jehová; y Él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y será sacerdote en su trono; y consejo de paz habrá entre ambos. (Zacarías 6.12, 13). ¿Cuál es la obra de Cristo como Sacerdote? —Hacer propiciación por los pecados del pueblo. ¿Cuánto poder tiene para hacer esto? —Todo su poder como Rey; todo el poder del trono de la gracia en el que se sienta. ¿Qué más se podría decir para dar confianza a un alma temblorosa? Él es Rey de justicia, y también Rey de paz. Que Él reine en tu corazón, y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Bendito sea su glorioso nombre para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén.